



ENTREGA DE LA MEDALLA AL MÉRITO EUROPEO

Madrid, 19 de mayo de 2009

Quiero expresar mi especial gratitud a la Fundación al Mérito Europeo que me hace este gran honor y me ha hecho acreedor a la concesión de esta Medalla de Oro.

Quiero agradecer a su presidente, Jacques Santer, su presencia aquí en Madrid, su trabajo de tanto tiempo, su amistad, y sus palabras extremadamente generosas. Así como quiero. Si es posible, refelicitarle por su cumpleaños de ayer, y desearle que siga cumpliendo, para bien de todos los pueblos europeos, muchos años más al servicio de Europa.

Él ha contado una parte muy importante de nuestra relación personal y política, cuando el Partido Popular, gracias entre otras cosas a la mano de Marcelino Oreja, consiguió entrar en el Partido Popular Europeo, y el gran trabajo que desarrolló Jacques Santer.

Yo siempre he explicado, en estas cosas del Partido Popular Europeo, de estar en el gobierno estar fuera del gobierno, algunas cosas bien sencillas.

Una vez a mí me preguntaron “¿En qué se diferencia estar en el poder de estar fuera del poder?” Y yo decía, pues mire usted, la diferencia es entre otras cosas, la siguiente; Antes, cuando yo no estaba en el poder, viajaba por Europa con cara de chico bueno, y preguntaba a los que mandaban “¿Qué me aconsejáis qué tengo que hacer?” Ahora que estoy en el poder, vienen los de Europa con caras de chicos buenos a preguntarme “¿Qué nos aconsejas qué es lo que tenemos que hacer?” Pues esa es la diferencia.

Y un chico, espero que bueno, fue, me parece en los años 1990, muy generosamente recibido, lo recuerdo muy bien, por el Presidente del Partido Popular Europeo, Primer Ministro de Luxemburgo, Jacques Santer, que continuó luego con sus servicios a Europa después de mucho tiempo como un excelente Presidente de la Comisión Europea.

Y a él le quiero dar las gracias por todas las cosas que ha hecho por Europa. Y también gracias, como he dicho, por su presencia aquí y sus generosas palabras.

Muchas gracias también a Marcelino Oreja. Hacer un elogio de Marcelino Oreja es una tarea relativamente sencilla, porque tiene tantos méritos acumulados que puede uno elegir varios de ellos para hacerlo.

Pero gracias a Marcelino Oreja por todo el trabajo que ha realizado, y que él sabe que yo conozco desde hace muchos años. Sea en su muy distinta condición; en su condición de diplomático, su condición de Ministro, su condición de diputado, en su condición de delegado del Gobierno en el País Vasco, en tiempos extraordinariamente difíciles; en su condición de Secretario General del Consejo de Europa, en su condición de Comisario en la Unión Europea. De tantas y tantas brillantes condiciones y actividades que ha desarrollado Marcelino yo sólo tengo palabras de agradecimiento para él.

Y tengo que decir que nosotros, la gente del Partido Popular en España, debemos mucho en su presencia europea a Marcelino Oreja, y que uno de los grandes impulsores de la presencia del Partido Popular en las nuevas estructuras del Partido

Popular Europeo y de su posición predominante se debe al impulso, se debe al mérito y se debe en gran medida también al prestigio de Marcelino Oreja, que tantas puertas abrió, que nunca cerró ninguna y que tantos buenos servicios prestó y sigue prestando a España desde cualquier puesto. Muchas gracias Marcelino también por tus generosas palabras.

Y como ellos dos han dicho, Jacques Santer y Marcelino Oreja, la vida política es una mezcla de hechos y de ideas, o si ustedes lo prefieren, al revés, de ideas y de hechos.

Y es verdad que cuando yo llego a la Presidencia del Gobierno de España en 1996, yo no soy de aquellos que creen que llegados al poder vamos a inventar la rueda.

Como ha expresado y explicado bien el Profesor Varela Ortega aquí presente, formas parte de una tradición, de una tradición modernizadora, de occidentalización, y dentro de la occidentalización de europeización de la política española.

Yo no me tuve que ocupar de que España fuese miembro de la Alianza Atlántica porque otros afortunadamente, especialmente el Presidente Leopoldo Calvo-Sotelo, que es quien toma esa decisión en 1982, y España es miembro de la OTAN.

Yo tengo que ocuparme de que España normalizase su presencia en la OTAN, que es distinto, y participe en todas las estructuras defensivas y de seguridad de la OTAN. Porque es un poco curioso la posición española, era un poco curiosa, ser miembro de una alianza defensiva pero no participar de todos los organismos que formaban la parte defensiva.

Era en fin una tarea de normalización del país y de continuidad de una política.

Tampoco tuve que ocuparme directamente de que España fuese miembro de la Unión Europea, porque tras muchos esfuerzos, entre otros los de Marcelino Oreja, y los de mi predecesor en el Gobierno, don Felipe González, que fue el que firmó el ingreso de España en la Unión Europea en 1986 pues eso era una tarea conseguida.

Y se debe al mérito de muchas personas que vienen de muchos años atrás. Muchas negociaciones europeas, algunas enormemente brillantes, y tienen el nombre de españoles muy insignes que han contribuido con esas negociaciones y esos impulsos de una manera muy brillante a España.

Yo me tenía que ocupar de otra cosa; me tenía que ocupar de colocar a España en el mejor sitio posible.

Ustedes saben, yo lo he contado alguna vez, y si no lo saben pues se lo cuento ahora; Una vez un Ministro de Asuntos Exteriores de España, concretamente don Francisco Fernández Ordóñez, Ministro de Exteriores durante muchos años, que preguntado en una ocasión por cuál era la política exterior de España, respondió que hablar los quintos.

Ante la cara de asombro que le puso el entrevistador, que le preguntó que qué era eso de hablar los quintos, como definición de la política exterior de España, le respondió muy sencillamente: primero habla Alemania, segundo habla Francia, tercero habla el Reino Unido, cuarto habla Italia, y los quintos, cuando ya sabemos todo lo que piensan los demás, pues hablábamos los españoles. Por lo tanto, la política exterior de España consiste en hablar los quintos.

Yo decidí que la política exterior de España no iba a consistir, a partir de ese momento, en hablar los quintos, sino en hablar cuando tuviésemos que hablar, cuando decidiésemos nosotros hablar.

No esperar a saber lo que opinaban los demás para fijar nuestra posición, sino fijar nuestra posición y defenderla razonablemente, coincidiera o no coincidiera con la de los demás y siempre teniendo presente el interés general de España, muy conscientes de nuestra situación y sin ninguna arrogancia.

En todo caso, todas estas cuestiones, todas estas tradiciones que uno recibe y uno puede desarrollar, se basan en unas ideas muy sencillas. Algunas se han expuesto aquí.

Se basan en una creencia europea, en la creencia de que Europa es una realidad. Pero además, sobre todo, Europa es una necesidad.

Y hoy, que la Unión Europea y la política europea no viven precisamente sus momentos más brillantes, sino vive momentos digamos de profundos problemas, por decirlo de esa manera, que no tienen en algunos casos fácil solución, hay que decir que la Unión Europea es una gran necesidad.

Y continúa siendo una responsabilidad de los dirigentes políticos europeos actuales, y de los que lo fuimos, hablar en ese sentido, y hablar a favor claramente de lo que significa una política proeuropea.

Esa creencia europea también se basa en lo que significa haber recibido una gran herencia que tienes que administrar y de la cual tienes que ser consciente, que muy probablemente, como muchas de las cosas de las que disfrutas o disfrutamos, nos acostumbramos pronto a ellas pero nos olvidamos que somos unos privilegiados.

Yo formo parte de la primera generación de europeos que ha vivido en Europa siempre en libertad, siempre. Soy de la primera generación de europeos que no ha conocido la guerra.

Porque la historia de Europa es una historia de conflicto permanente. Y después de la Segunda Guerra Mundial, aparecen personas, aparecen hombres, aparecen decisiones, luego diré yo creo por qué, que hacen que esa historia cambie, y ese es un hecho histórico trascendental.

Y hoy son varias ya las generaciones de europeos que saben ya lo que es vivir naturalmente en libertad y en democracia.

Estoy hablando de la idea y del proyecto europeo en su conjunto, no evidentemente de la situación de ningún país en concreto.

Esa creencia europea, por lo tanto la mantengo y la mantengo profundamente arraigada.

En segundo lugar, yo creo en una Europa atlántica, lo recordaba Marcelino Oreja.

¿Y por qué creo en una Europa atlántica? Porque la Europa de la que estamos hablando, la que permite a varias generaciones crecer en libertad, nace exactamente después de la Segunda Guerra Mundial.

Nace de varios impulsos. Pero Europa es posible por esa relación atlántica. Ha sido posible porque ha sido una Europa atlántica. Y quiero decir que será posible si continúa siendo atlántica. Y si no continúa siendo atlántica, dejará de ser; esa es mi convicción.

Por lo tanto esa Europa atlántica es la que yo siempre he defendido.

Esa Europa atlántica que, conviene recordar, derrotó a los totalitarismos, derrotó a los totalitarismos fascistas y comunistas desde las posiciones expresadas explícitamente en los compromisos atlánticos. No en otros, sino en los compromisos atlánticos, sustento de la libertad, de la democracia y de las posibilidades de existencia de Europa.

Por eso yo soy un defensor ferviente de la Alianza Atlántica. Y por eso una de las cosas que propongo en este momento es que la Alianza Atlántica sea reformada, y se acople y adapte a los nuevos tiempos.

En términos geográficos para responder a una alianza global; en términos operativos, para responder a las nuevas amenazas que hoy pesan sobre nosotros.

Porque pesan, existen las amenazas y conviene conjurarlas.

Y creo tanto en esa convicción, en esa Europa atlántica, que definiendo la creación de un Área Atlántica de Prosperidad, es decir, definiendo la necesidad de la unión económica entre Europa y Estados Unidos, como uno de los elementos más importantes de estabilidad, de prosperidad y de seguridad para todos en el futuro.

Área Atlántica de Prosperidad abierta al resto de los países que quieran participar en ella, y que no es excluyente respecto de lo que significa cualquier acuerdo multilateral de comercio, sino una necesidad mayor mientras no existe ese acuerdo multilateral de comercio.

Mi tercera idea y mi tercera convicción es que Europa está basada en los Estados nacionales. Yo no creo en la Europa de la ingeniería social. Yo no creo en la Europa que se inventan unos elucubradores que no tienen en cuenta la realidad. Tampoco creo en una Europa burocrática.

Creo en una Europa basada en las raíces históricas de los Estados nacionales. La historia de Europa es la historia de España, y de Francia, y de Alemania, y del Reino Unido, y de Italia, y de muchas naciones, y pretender eliminar los Estados nacionales, las raíces históricas de Europa, como espacios de representación política y como espacios de convivencia, es un grandísimo error.

Pretender desde los nacionalismos excluyentes eliminar los Estados nacionales sólo puede llevar a más problemas en Europa. Y conviene recordar que cada vez que los nacionalismos excluyentes asoman la cabeza, y algo más, por los territorios europeos, especialmente por algunos, sólo hemos ganado conflictos los europeos.

Por eso yo nunca he aceptado la idea de que nosotros los españoles debíamos defender una política de menos España y más Europa. Yo siempre he defendido la idea de que debíamos tener la política de más España y más Europa. Exactamente porque no existe ninguna incompatibilidad en ello.

Y dentro de esos Estados nacionales que forman la Unión Europea y conviven en ella, y son capaces de hacer unas cesiones de soberanía muy importantes pero manteniendo su personalidad, creo que ha llegado también el momento que la Unión Europea fije sus límites.

Y no sólo en sentido geográfico. La Unión Europea no es un concepto global. Es un concepto muy importante, pero limitado, y debe fijar sus límites. Porque también la Unión Europea tiene sus raíces y su historia que la explican.

Mi quinta convicción es que, para aquellos que queremos una Europa influyente, y yo creo y quiero una Europa influyente, pues el camino mejor es el camino de la reforma, de la reforma económica.

Y por eso creo en una Europa abierta, en una Europa reformista. No creo en una Europa intervenida, cerrada. Creo en una Europa que se abre al mundo y que es capaz de poner en marcha una agenda de reformas muy importante.

Europa será más influyente en el mundo si consigue convertirse en el área económica más importante del mundo. Y perderá influencia en el mundo si sigue como va. Y perderá influencia en el mundo, y serán cada vez más declinantes las posibilidades y las responsabilidades que tenga Europa en el mundo.

Por eso la transformación económica de Europa, teniendo en cuenta nuestras circunstancias actuales, es apostar por incrementar la responsabilidad de Europa en el futuro.

Europa no puede competir con otras zonas del mundo en poder militar, supuesto que siga siendo grandemente decisivo en este momento.

Puede tener una parcela tecnológica importante.

Pero donde está verdaderamente el secreto de lo que significa la influencia de Europa en el mundo, es en la transformación económica de los europeos, de la Unión Europea.

Y nosotros tenemos que apostar ahí por una Europa decisivamente reformista. Y tenemos que hacerlo aceptando nuestras circunstancias y nuestras limitaciones.

Primero, no estamos en el camino adecuado.

Segundo, tenemos que darnos cuenta de que somos un continente con una demografía declinante. Europa vive en una noche demográfica. Vive una catástrofe demográfica.

Y es muy difícil en términos globales ser influyente cuando estás viviendo una catástrofe demográfica, irresponsablemente, además, alentada por algunos.

Y en tercer lugar, Europa tiene que definir de manera muy clara sus políticas migratorias. Una política de inmigración muy necesaria para la Unión Europea, pero que solamente puede estar basada en dos ideas muy claras; una, la legalidad, y la segunda que todo el mundo es igual ante la ley, y que la ley es exactamente la misma para todos, sin ningún tipo de diferencia por razón de origen, de raza, de género u otras.

Pues estas ideas y convicciones son las que me guiaron en el camino europeo fundamentalmente, y nos llenaron de esperanzas para hacer algunas cosas. Y algunas cosas pues se hicieron, porque estas eran las ideas que sustentaban los hechos.

Yo siempre digo que creo en el poder de las ideas, de las buenas ideas. Y explico muy simplemente, porque las cosas importantes al final son muy simples, que las buenas ideas suelen producir buenos resultados y las malas ideas suelen producir malos resultados.

Y algunas de estas ideas, que yo creo que son buenas, producen algunos buenos resultados.

Por ejemplo, el Euro fue producto de una buena idea. La idea que expresaba antes de decir que nosotros no aceptamos una España de segunda división. Nosotros queremos ser miembros fundadores del Euro. No solo queremos tener la moneda única, no solo queremos formar parte del proyecto histórico más importante de la Unión Europea probablemente desde su creación.

Queremos ser miembros fundadores del Euro, y estamos en condiciones de serlo si nos ponemos a ello. Y no voy a contar la historia, porque ustedes tienen Euros en su bolsillo, y ya se la saben. Fuimos, y trabajamos, y lo conseguimos.

Otra de las ideas de esa gran Europa atlántica, y de esa Europa que debía contribuir al futuro, fue la contribución de España a la gran ampliación de la Unión Europea, a lo que es la idea de la reunificación de Europa.

Venturosamente, cuando con los esfuerzos de muchos y las ansias de libertad de todos se derribó el muro de Berlín, la oportunidad de la reunificación de Europa se hizo.

Yo recuerdo tantas y tantas discusiones en torno a como hacer la gran ampliación de la Unión Europea, pero lo importante es que se hizo, y que España participó de una manera activa. Y no solamente no tenemos nada de que quejarnos, tenemos que estar muy orgullosos de haber contribuido al proceso histórico de reunificación de Europa.

Lo importante era hacerlo, no era cuáles eran los instrumentos exactos en los que uno tenía que basarse para conseguirlo. Lo importante era la idea, lo importante era hacerlo, y lo hicimos y se reunificó Europa para bien efectivamente de todos.

Las ideas también nos ayudaron a participar en algunos hechos importantes como las negociaciones institucionales; la negociación del Tratado de Ámsterdam, en la que yo creo recordar que estaba Marcelino por allí como Comisario de la Unión Europea, y que él recordará muy bien.

Allí, allí ya empezó alguna fama de negociador incómodo, ¿verdad Marcelino? Allí empezó alguna fama de decir o se resuelven algunos problemas, o se fijan algunos jalones, o lo pasaremos mal.

Y efectivamente, luego pudimos negociar Niza, y en Niza pudimos conseguir algo por lo cual luchábamos, como he explicado; conseguimos colocar a España en la mejor posición institucional que nunca había tenido España en la Unión Europea.

Algunos eso no lo vieron bien, no les gustó nada, y como no les gustó nada empezaron enseguida desde Niza, desde el mismo Niza, no se trasladaron a otra ciudad, desde el mismo Niza, empezaron a maquinar devolvernos a unas categorías anteriores.

Y esa es una de las razones por las cuales, con independencia de otras consideraciones, la nueva posición de España en lo que fue primero el Tratado Constitucional y luego el Tratado de Lisboa no era precisamente lo que podía reflejar mejor la ambición de España desde el punto de vista institucional, por decirlo de la manera más suave que se me ocurre.

Pero les tengo que decir que el ser un negociador incómodo, defendiendo los intereses generales de España, allí, o en las famosas negociaciones de la Agenda 2000, en Berlín, en 1999, cuando España, en unos momentos en los que se decreta la estabilidad presupuestaria (lo recordará muy bien Jacques Santer), pues consigue evidentemente unos réditos financieros extraordinarios de 48 mil millones de euros y un saldo neto anual de 6 mil millones de euros, que no habíamos tenido nunca, y conseguimos esa posición; tener fama de negociador incómodo a mí no me importa nada.

Lo peor es lo otro. Lo peor es tener fama de negociador cómodo. Lo peor es saber que cuando estás en una mesa de 15 o de 24, te están diciendo muchos que ser razonable consiste en que dejes de defender lo que tú crees que tienes que defender, y les des la razón a ellos que están definiendo la razón a ellos que están defendiendo justamente lo que les interesa a ellos.

Y eso pasa, y la tentación es muy grande, porque vivir incómodamente con 14 o 25 es más complicado.

Pero resulta que yo siempre pensaba que mi responsabilidad, y también en mi sueldo, aunque fuese chiquito, porque no es cuestión de que sea grande o sea chiquito, porque cuando eres Presidente del Gobierno, la retribución económica es lo menos importante, los intereses de España bien merecían la pena.

Como bien merecía la pena en Europa impulsar el espacio de libertad, seguridad y justicia al que se ha referido Marcelino Oreja, y que tuvo en Jaime Mayor Oreja, lo tengo que decir, un impulsor extraordinario.

Porque en la política española hay un antes y un después de la llegada de Jaime Mayor Oreja al Ministerio del Interior. Y en las cuestiones de libertad, seguridad y justicia el impulso de Jaime Mayor Oreja fue absolutamente decisivo.

O la ambición de la Agenda de Lisboa, que era un hecho forjado también en la idea que he expresado antes de la gran ambición europea de mayor influencia y de mayor responsabilidad en el mundo.

Pues bien, la pregunta ahora es ¿Y qué podemos hacer los que queremos una Europa influyente y con más responsabilidad en el momento actual? Pues podemos hacer muchas cosas.

Podemos decir, por ejemplo, que de la actual crisis económica, social y de valores no saldrá Europa con más intervencionismo, sino saldrá con más libertad. No saldrá con más proteccionismo, saldrá con más apertura; no saldrá con más particularismo, saldrá con más ambición; no saldrá con más relativismo, saldrá sabiendo defender sus valores.

Europa debe creer en sí misma, y esta Fundación le invita a ello, y el fundador de esta Fundación, François Visine, también le invitaba a ello, como tantos otros.

Tenemos que ser capaces de defender nuestros valores, creer en nosotros mismos, estar dispuestos a defender nuestras raíces, y estar dispuestos a abrirnos al mundo más que nunca.

Tenemos instrumentos suficientes para hacerlo, y deseamos tener también los líderes fuertes que hagan de Europa una ambición y una esperanza más fuerte para el futuro.

Yo sé que este es más tiempo de perdones que de valores. Sé que uno es más simpático si pide perdón que si defiende lo que piensa.

Yo quiero decirles a todos ustedes que no es cuestión de pedir perdones por pedir perdones, ni es cuestión de caer más simpático, es cuestión de que si uno tiene convicciones hace bien en defenderlas.

Porque al final la conciencia y las convicciones son, como decía una gran europeísta atlántico, Winston Churchill, aquello que le permite a uno andar por la vida con la cabeza bien alta.